

La fe de Moisés (11:23-29)

La fe que se aparta del mundo y escoge a Cristo. v. 24-26

Introducción:

En el verso 23 aprendimos cómo el poder de Dios obra cuidando, aún desde la tierna niñez, a aquellos que serán herederos de la salvación. Dios usó a los padres de Moisés y a la hija del Faraón para que lo librasen de la muerte en manos del perverso Rey; de manera que Moisés pudiera crecer y llegara a convertirse en el siervo que sería usado por Dios para librar con mano poderosa a su pueblo de la ignominiosa esclavitud egipcia.

A pesar de que los padres de Moisés, Amram y Jocabed, eran fervorosos creyentes en Dios, e instruyeron a sus hijos en esta fe, no obstante, cada uno, llegada la edad en la cual de manera responsable y consciente pueden tomar decisiones personales, debieron escoger entre seguir a Cristo o seguir al mundo.

En los versos 24 al 26, el autor de la carta a los Hebreos toma el ejemplo del insigne personaje de la historia de Israel para mostrarles a sus titubeantes lectores que la verdadera fe en Dios se caracteriza por la negación de sí mismo, el abandonar los placeres y riquezas del mundo que nos apartan de Dios, con el fin de ganar a Cristo, de seguirlo a él y agradecerle en todas las cosas.

Lo que el autor quiere enseñarles a sus lectores en estos pasajes es que si ellos se consideraban parte de la familia espiritual de Moisés, entonces, en vez de abandonar a Cristo, como algunos estaban pensando hacer por insinuación de los judíos, debían rehusar toda complacencia en las comodidades que se les ofrecían si regresaban al judaísmo, y por el contrario, debían buscar, amar y seguir a Cristo, sin importar el sufrimiento que esto significara, así como hizo Moisés.

“Por la fe Moisés, hecho ya grande, rehusó llamarse hijo de la hija de Faraón”. v. 24

Es sorprendente ver cómo la fe, que es un don de Dios, aunque sea opacada por la influencia de padres, familiares o un entorno social incrédulo, no obstante permanece y florece hasta producir los frutos que agradan al Señor.

El niño Moisés fue salvado de las aguas y de la muerte por la hija del Faraón. La Biblia nos dice que su propia madre biológica, Jocabed, lo crió en su seno hasta que tuvo la edad suficiente para ser trasladado al palacio del monarca (Ex. 2:9-10). La hija del Rey lo adoptó como su propio hijo y le puso por nombre Moisés. Ser adoptado por la princesa egipcia implicaba que Moisés también formaba parte de la familia real y tenía derecho a todos los beneficios de tan alta dignidad.

No sabemos la edad de Moisés en el momento de ser llevado al palacio del Faraón, pero tuvo que ser en una etapa infantil. De manera que Moisés, desde pequeño, necesariamente tuvo que ser adoctrinado en las creencias paganas e idolátricas de Egipto, así como también *“fue enseñado... en toda la sabiduría de los egipcios; y era poderoso en sus palabras y obras”* (Hch. 7:22). En las edades más difíciles de un adolescente Moisés vivía en medio de la opulencia, la laxitud de vida que caracterizaba a los gobernantes de naciones paganas, los lujos y la vanagloria de la vida.

Es posible pensar que un joven cuya vida se desarrolla en un escenario de abundancia, lujos, glorias vanas y relajamiento moral necesariamente sucumbirá ante estos atractivos, pero no es así con aquellos que han sido bendecidos con la gracia de la fe perseverante.

Moisés no sucumbe ante los atractivos mundanales de Egipto sino que, sorprendentemente, decide apartarse de la vida licenciosa de la sociedad que le rodea y prefiere identificarse con la vida de austeridad y autonegación del pueblo de Dios. *“... rehusó llamarse hijo de la hija de Faraon”*, es decir, renunció a sus derechos como hijo adoptado de una princesa, y despreció todas las glorias, lujos, comodidades y privilegios que le merecían por ser miembro de la familia real.

Aunque al leer una frase corta como esta del verso 24, a simple vista pareciera muy sencillo el que Moisés haya rehusado ser considerado el hijo de la hija de Faraón, la verdad es que esto no debió ser nada fácil, pues, Moisés estaba abandonando todo lo que un hombre natural puede desear. No es fácil estar en una posición de gloria y autoridad para luego abandonarla voluntariamente. Los hombres tendemos a aferrarnos pecaminosamente a la gloria, a la autoridad, a los lujos, a las riquezas.

Pero la fe perseverante que nos es dada por Dios, siendo que está arraiga en las promesas divinas, no tiene dificultades para rehusar a cualquier posición de gloria o riqueza mundanal, pues, ella mira con plena certidumbre y convicción las glorias eternas que recibiremos en las moradas santas de nuestro Padre celestial.

Esteban, el mártir de la iglesia primitiva, nos deja ver que la edad en la cual Moisés hizo esta renuncia voluntaria a los privilegios de las glorias mundanales fue a los cuarenta años (Hch. 7:23), es decir, la edad madura en la cual se toman decisiones con plena conciencia y conocimiento. Su decisión de rehusar a los privilegios de la casa del Faraón no fue la consecuencia de una actitud díscola ocasionada por el carácter ambivalente que caracteriza a la adolescencia, ni tampoco fue el resultado de un espíritu aventurero de un joven indómito. No, su decisión se toma con pleno conocimiento y aplomo, de manera que Moisés escoge voluntariamente rehusar a su posición terrena de gran alcurnia.

La pregunta que nos hacemos ahora es: ¿Porqué Moisés renunció a su privilegiada posición en el reino del Faraón? Nuestro autor responde que lo hizo porque prefirió escoger “*antes ser maltratado con el pueblo de Dios, que gozar de los deleites temporales del pecado, teniendo por mayores riquezas el vituperio de Cristo que los tesoros de los egipcios; porque tenía puesta la mira en el galardón*”.

Ahora, ¿No actuó Moisés precipitadamente al abandonar su posición entre la realeza egipcia, siendo que otros héroes de la fe, como su predecesor José, o como Daniel; pudieron vivir en el palacio de los reyes, conservándose en santidad, pero a la misma vez sirviendo a los propósitos del pueblo del Señor desde esas altas posiciones? ¿Por qué Moisés no pensó que le era mejor estar en palacio y desde allí trabajar por la causa del pueblo de Dios? Debemos tener en cuenta que los hombres de fe se guían, no por las circunstancias ni por caprichos personales, sino por la voluntad revelada de Dios. El hombre de fe no actúa y vive pensando en él mismo, sino que todo su trabajo, sus sueños, sus anhelos, están enfocados en el bienestar y el adelantamiento del Reino de Dios.

Algunos personajes que nos son mencionados en Hebreos como modelos de verdadera fe, recibieron milagros portentosos que los libraron de morir en manos de los enemigos del Reino de Cristo, mientras que otros fueron mártires. En todos estos casos, de gloria y

prosperidad, o de persecución y muerte, ellos siempre tuvieron como propósito principal para sus vidas el Reino de Dios. De manera que en algunas ocasiones era conveniente para el reino estar en el palacio del pagano rey, mientras que en otros momentos no lo era. Dios usó a José para preservar al pueblo en su incipiente conformación. Pero el mismo José había profetizado que un día ellos serían liberados de Egipto y emigrarían a la tierra prometida. Ellos no estarían para siempre viviendo en la tierra de la peregrinación. De manera que siendo Moisés el escogido para esta liberación, hubiera sido un acto de rebeldía, deslealtad y apostasía el mantenerse cómodamente en la posición de hijo de la hija del Faraón.

Su estancia en la casa del Rey sería hasta cuando estuviera en capacidad de liderar el gran éxodo; en el palacio él aprendería muchas cosas que luego le serían útiles para legislar y dar origen a la nación política de Israel. Pero habiendo llegado el momento de salir de palacio, hubiera sido un pecado de apostasía el continuar allí. “Los privilegios y ventajas que van unidos al alto rango y al poder político no son pecaminosos en sí mismos; por cierto que pueden ser utilizados muy efectivamente para promover el bienestar de otros y ayudar a los no privilegiados. Moisés pudo haber razonado para sí argumentando que podía haber hecho mucho más por los israelitas permaneciendo en la corte del faraón y utilizando su influencia allí a favor de ellos que renunciando a la ciudadanía egipcia y transformándose en un miembro de un grupo oprimido sin derechos políticos. Pero para *Moisés* hacer esto, una vez que había visto el camino del deber claramente delante de él, hubiese sido *pecado* – el pecado real de apostasía, contra el cual los receptores de esta carta necesitaban ser advertidos en forma insistente”¹.

El gran comentarista Arthur Pink ve en esta declaración del autor de Hebreos, respecto al desprecio que Moisés hizo de las glorias egipcias, otra forma de ilustrar cómo la vida de fe inicia con la conversión de los ídolos a Dios. En el caso de Abel su conversión se evidencia cuando abandona toda confianza en sí mismo y en su corazón confía solamente en el Dios que le salva; en el caso de Abraham la vida de fe inicia contemplando al Dios de la gloria, el cual lo transforma y le pide que abandone a su pueblo idólatra para marchar hacia el

¹ Bruce, F. F. La Epístola a los Hebreos. Página 322

lugar de la bendición. La respuesta de Abraham fue radical y revolucionaria, él puso a un lado sus inclinaciones naturales, crucificó sus deseos carnales y entró en un camino totalmente nuevo. Tres elementos principales se dejan ver en la conversión de Abraham: La obediencia, la negación de su propia voluntad y estar completamente sujeto a la voluntad de Dios.

Ahora, en el caso de Moisés encontramos otros aspectos del comienzo de la vida de fe, es decir, de la conversión. Dice Arthur Pink “En el caso de Moisés encontramos un aspecto de la conversión que es ignorado mayoritariamente por los modernos métodos de evangelización. Aquí se describe una característica principal de la fe salvadora, la cual es desconocida por muchos que profesan ser cristianos. Nos muestra que la fe salvadora consiste en algo más que “creer” o “aceptar a Cristo como Salvador personal”. Exhibe la fe como una decisión definitiva de la mente, como un acto de la voluntad. Se pone de manifiesto el hecho fundamental de que la fe salvadora incluye el inicio con una renuncia deliberada a todo lo que se opone a Dios, con la determinación de una negación completa de sí mismos y la elección de someterse voluntariamente a cualquier prueba que incida en una vida de piedad. Nos muestra que la fe salvadora hace que su poseedor se aleje de los compañeros que no tienen a Dios, y desde el momento en el que ella se recibe se busca la comunión con los despreciados santos”².

El autor de Hebreos, a través del ejemplo de la fe de Moisés, se propone enseñarnos que la verdadera fe perseverante siempre conlleva una renuncia y una negación de sí mismos. Sin esta característica, entonces, no se puede hablar de la fe que proviene del cielo. Si no hay un compromiso consistente en abandonar todo lo que se oponga a Dios, lo cual implica el rechazo a todo lo que hay en nosotros que es contrario a Su santa voluntad, entonces no tenemos la fe salvadora. Jesús lo expresó así: “*Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz, y sígame*” (Mt. 16:24). El negarse a sí mismo también implica amar y estimar tanto a Cristo, Su reino y sus bendiciones espirituales, al punto que las demás cosas que nos ofrece el mundo o lo que nosotros mismos hemos adquirido como

² Pink, A. W. An Exposition of Hebrews. Extraído de:

http://www.pbministries.org/books/pink/Hebrews/hebrews_071.htm En Septiembre 22 de 2011

logros terrenos, son considerados despreciables, y no nos es doloroso abandonarlos, si fuese necesario para el Reino de Cristo o nuestra santificación, así como Moisés rehusó a los enormes beneficios terrenos que le pertenecían por ser hijo de la hija del Faraón. También el apóstol Pablo aprendió esta valiosa lección y manifestó poseer la verdadera fe perseverante cuando escribió: *“Pero cuantas cosas eran para mí ganancia, las he estimado como pérdidas por amor de Cristo. Y ciertamente, aun estimo todas las cosas como pérdida por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, por amor del cual lo he perdido todo, y lo tengo por basura, para ganar a Cristo.”* (Fil. 3:7-8).

“Escogiendo antes ser maltratado con el pueblo de Dios, que gozar de los deleites temporales del pecado, teniendo por mayores riquezas el vituperio de Cristo que los tesoros de los egipcios; porque tenía puesta la mirada en el galardón” v.25-26. En la medida que Moisés crecía y tenía la capacidad de comprender muchas cosas, en su mente se agudizaba una disyuntiva muy grande: o seguía identificándose con el imperio que oprimía a su pueblo, o se identificaba con su propio pueblo, el cual estaba siendo oprimido. Egipto significaba para Moisés comodidad, lujos, poder, mientras que Israel representaba esclavitud, dolor, opresión, angustias.

Pero la fe siempre escoge el sufrimiento por la causa del reino, en vez de las glorias y comodidades terrenas, si estas están en oposición al pueblo de la promesa. Las Sagradas Escrituras ponen de manifiesto que por lo general el seguir a Cristo, el pertenecer al pueblo de Dios, implica sufrimientos en este mundo: *“Todos los que quieren agradar en la carne, éstos os obligan a que os circuncidéis, solamente para no padecer persecución a causa de la cruz de Cristo”* (Gál. 6:12). Seguir a Cristo trae persecución y sufrimiento. Jesús dijo a sus seguidores: *“en el mundo tendréis aflicción; pero confiad, yo he vencido al mundo”* (Jn. 16:33). Pablo anima al pastor Timoteo a ser un fiel ministro de Jesucristo, lo cual también implica el sufrimiento: *“Pero tú se sobrio en todo, soporta las aflicciones, haz obra de evangelista, cumple tu ministerio”* (2 Tim. 4:5). El ministerio apostólico de Pablo, así como el de los doce, estuvo lleno de muchos sufrimientos: *“Ahora me gozo en lo que padezco por vosotros, y cumplo en mi carne lo que falta de las aflicciones de Cristo por su cuerpo, que es la iglesia”* (Col. 1:24).

Ahora, Moisés estuvo dispuesto a soportar las aflicciones que sufría el pueblo elegido, porque él tenía la plena certeza y la absoluta convicción de *“que las aflicciones del tiempo presente no son comparables con la gloria venidera que en nosotros ha de manifestarse”* (Ro. 8:18).

El ejemplo de Moisés nos muestra que la verdadera fe nos hace morir al mundo y a todos los honores que él nos da. El verdadero hombre de fe ha de ser conocido tanto por la confianza en las promesas de Dios como por la mortificación del pecado.

En el ejemplo de Moisés encontramos los dos rasgos iniciales que identifican a la verdadera fe: el acto de renuncia y el acto de abrazar. Renunciamos al pecado y abrazamos a Cristo.

La verdadera conversión primero incluye el arrepentimiento, el dar la espalda al pecado y luego el venir a Cristo: *“...arrepentíos y convertíos para que sean borrados vuestros pecados”* (Hch. 3:19). Para ir a Cristo primero hay que negarse a sí mismo: *“Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz, y sígame”* (Mt. 16:24); pudiéramos redactar este texto de otra manera, con el fin de comprender el sentido de lo que estamos diciendo: *“Niéguese a sí mismo y tome su cruz, el que quiere venir en pos de mí”*.

Moisés, con su acto de renuncia a las glorias mundanales de Egipto, ilustró lo que es la verdadera conversión, la cual inicia con la negación o rechazo de tres cosas que son agradables a la carne: La vida, la riqueza y el honor. Luego de Jesús declarar que la verdadera fe inicia con la negación de sí mismo, explica en qué consiste esta negación con tres declaraciones:

1. *“Porque todo el que quiera salvar su vida, la perderá; y todo el que pierda su vida por causa de mí, la hallará”* (Mt. 16:25). Negarse a sí mismo es negarse a su propia vida, que ella no sea el primer objetivo ni el más grande pensamiento, pues, si hace así, la perderá.
2. *“Porque ¿Qué aprovechará al hombre, si ganare todo el mundo, y perdiere su alma?”* (Mt. 16:26). Las riquezas terrenas son inútiles frente a la necesidad de la salvación del alma.

3. “Porque el Hijo del Hombre vendrá en la gloria de su Padre con sus ángeles, y entonces pagará a cada uno conforme a sus obras” (Mt. 16:27). Este es el honor que debemos buscar.

“La negación del yo es absolutamente esencial, y donde no existe, la gracia está ausente. El primer artículo del pacto es: “No tendrás dioses ajenos delante de mí”. Dios debe tener la preeminencia en nuestras vidas y corazones. Dios no recibe la gloria a menos que lo honremos de esa manera. Ahora, Dios no tiene el lugar más alto en nuestros corazones hasta que Su favor es estimado por nosotros sobre todo otro honor y hasta que el temor de ofenderlo a Él esté por encima de todo otro temor. Si rompemos con Dios a fin de preservar los intereses y las relaciones con otras personas, entonces estamos prefiriendo nuestros intereses personales por encima de los intereses de Dios. Si estamos contentos de ofender a Dios antes que disgustar a nuestros amigos o familiares, entonces estamos muy engañados si pensamos que somos cristianos genuinos. <El que ama a padre o a madre más que a mí, no es digno de mí, el que ama a hijo o hija más que a mí, no es digno de mí>”³.

Junto con el puritano Thomas Manton podemos afirmar que “la fe es una gracia que enseña al hombre a renunciar abiertamente a todos los honores del mundo. Cuando Dios nos llama a abandonarlos no podemos disfrutarlos con una buena conciencia”⁴.

La fe de Moisés fue probada fuertemente, como también sucedió con la fe de todos los héroes mencionados anteriormente en el capítulo 11 de Hebreos, y como también lo ha sido siempre con los verdaderos creyentes. Y una de las pruebas más duras de la fe consiste en abandonar los placeres y glorias del mundo, por amor a Dios y a su reino. A menudo somos probados para elegir entre Dios o las cosas, entre el deber y el placer, entre ocuparse en las cosas espirituales o gratificar a la carne.

La fe de Moisés no fue solamente un asunto de la mente o de expresión verbal, sino que efectivamente demostró con hechos su amor al Reino de Cristo y su desprecio a las glorias mundanas. Éxodo 2:11 nos describe el actuar de Moisés que demostró su verdadera fe en

³ Pink, Arthur. An Exposition of Hebrews. Extraído de:
http://www.pbministries.org/books/pink/Hebrews/hebrews_071.htm En: Septiembre 23 de 2011

⁴ Citado por Arthur Pink en su “An Exposition of Hebrews”.

estas palabras: *“En aquellos días sucedió que crecido ya Moisés, salió a sus hermanos, y los vio en sus duras tareas”*. La fe lo impulsó a salir del palacio de la comodidad para trabajar en el Reino, identificándose con el sufriente pueblo del Señor. No solo fue un asunto de palabras sino de hechos, pues, la fe que tiene la correcta declaración y confesión, pero no actúa, es muerta y no sirve para nada.

Aunque pareciera que Moisés actuó con ingratitud hacia la mujer que le salvó la vida en su tierna infancia, al rehusar ser llamado su hijo y abandonar el palacio, la verdad es que los actos de la fe no siempre son comprendidos por el razonar mundano. El verdadero creyente no acepta los favores del mundo, ni expresa gratitud por los mismos en caso de que sean contrarios al temor a Dios o a una buena conciencia.

Pero el ejemplo de Moisés no solo ilustra el aspecto de la renuncia que hay en la verdadera conversión, sino el de la entrega: *“escogiendo antes ser maltratado con el pueblo de Dios, que gozar de los deleites temporales del pecado”*. Primero se abandona el país del pecado, como hizo el hijo pródigo (Luc. 15), para luego venir al Padre; primero se confiesa el pecado para hallar misericordia (Prov. 28:13); primero se deja de hacer el mal para luego aprender a hacer el bien (Is. 1:16-17).

Moisés renunció a las riquezas y honores terrenos para abrazar las promesas que se reciben por medio de la fe. Él no estaba viendo gloria alguna en un humilde pueblo de esclavos, pero confiaba en las promesas divinas, las cuales, aunque invisibles, eran seguras y firmes. Moisés prefirió el sufrimiento con el pueblo porque sabía que este era el pueblo de la promesa y no Egipto. La fe de un hombre es conocida por las elecciones que hace. Siempre se complace en obedecer la voluntad de Dios, así esto signifique identificarse con los despreciados de la sociedad.

Aplicaciones:

- Hemos aprendido que la verdadera fe renuncia a los placeres y glorias mundanas con el fin de ganar a Cristo, quien debe ser el primer amor en nuestras vidas. Hermanos, es muy fácil hablar del desprecio hacia el mundo y las cosas terrenales, pero, preguntémonos ¿Qué es lo primero en nuestras vidas? ¿Qué es lo que más amamos? ¿Estoy buscando a Dios o la

prosperidad temporal? Si estoy anhelando un aumento en el salario, o una mejor posición, y el no conseguirlo me lleva a estar profundamente decepcionado, entonces hay evidencias de que un espíritu mundano me está gobernando. Hermanos, ¿Cuál es nuestro mayor placer?: ¿Las riquezas de la tierra? ¿Los honores? ¿Las comodidades? O ¿La comunión con Dios? ¿Podemos decir con el Salmista: “*Porque mejor es un día en tus atrios que mil fuera de ellos*” (Sal. 84:10)?

- Nunca debemos ser obedientes a los hombres a expensas de ser desobedientes a Dios. Todas las relaciones del creyente deben estar sometidas al conservar una limpia conciencia delante de Dios. Los derechos de Dios sobre nosotros son de suma importancia y él debe recibir el reconocimiento como nuestro Rey, aunque esto en muchas ocasiones pueda entrar en conflicto con nuestras aparentes obligaciones ante nuestros conocidos y semejantes. Podemos disfrutar de la compañía y la grata atención en la casa de un amigo o pariente, pero esta deferencia no justifica el que dejemos de guardar el día del Señor por salir de paseo con él.

- Hemos aprendido que Moisés prefirió ser maltratado con el pueblo de Dios que gozar de los placeres temporales del pecado. Él pudo ver la gran miseria en la que viven todos los que se deleitan en el pecado, y se apartó de él, demostrando así poseer la verdadera fe. Una prueba segura del estado de conversión o regeneración de una persona es el sentir mayor dolor y pesar por el pecado que aún le agobia, que por las enfermedades y necesidades del cuerpo. Hay miles de cristianos que se quejan de sus dolores y molestias físicas, pero que raramente se quejan o gimen a causa del pecado residual que todavía llevan. Cuándo nos enfermamos físicamente ¿vamos a Dios por la sanidad del cuerpo, que es nuestra prioridad dominante, o para que él santifique nuestro sufrimiento para el bienestar de nuestra alma?